

El nacionalismo como salvación

Ángel Barahona Plaza

Doctor en Filosofía, Pedagogo, Profesor de E. S.

Juaristi hace un análisis penetrante sobre la ficción que se cierne sobre la historia y en la que hunde sus raíces el nacionalismo. Una ficción que hace empezar la historia en una serie de imaginarios o reales oprobios históricos, que coincidieron con ciertas formas de identidad nacional y que, luego, de forma premeditada, manipulando datos y creando mitos *ad hoc*, interpretados por mitólogos con «mala fe», fueron puestos en función del nuevo mito de construcción nacional.¹

Juaristi acierta con el origen religioso de la sacralización de lo nacional. En el origen del «mito nacionalista», *sotereológico*, siempre se encuentra la violencia de lo sagrado sacrificial: la inmolación de las víctimas; lo mismo que servía para sustentar el orden social que buscaba imponer el supuesto colonizador, dictador, etc. Para reparar los daños de lo sagrado sacrificial de Franco o de Tito, hay que ir más allá de lo que propone la fórmula nacionalista de salvación. Pero a ese «más allá del mito», al que Juaristi quiere ir, para escapar de lo sagrado, no puede accederse desde la introducción de lo profano por la vía de la razón histórica, filosófica o política, porque el mito, lo sagrado, se instala y sobrevive en el corazón de la vida social: los ritos, las costumbres, las fiestas, el folclore, como un parásito inextirpable. Además la razón remitifica o sacraliza un aséptico estado de cosas frío e impersonal que no responde a lo afectivo, a lo numinoso, que se esconde tras lo cotidiano. El afán ilustrado de Juaristi pertenece al dominio de lo racional y, por tanto, a duras penas puede neutralizar el poder del *bucle melancólico* de los atavismos que afloran violentamente y él mismo lo reconoce pesimistamente. Ni se le escucha ni se le entiende desde el trance mimético en el que viven incrustados los nacionalismos, hechizados por este teatro-mundo arcaico, enésima versión de lo sagrado pagano.

Nos hace falta, nos dice parafraseando a la inversa en *El bosque originario* la undécima tesis sobre Feuerbach, empezar a interpretar las transformaciones de la historia que hemos padecido, es decir, una ciencia de la violencia. Girard acomete esa tarea desmitificadora, deudora en su integridad del cristianismo, que desvela la mentira de todos los mitos y ritos posmodernos que sustituyen a los cristianos y que calcan inadvertidamente a los paganos, que no eran sino formas de

intentar evacuar la violencia contenida dentro del grupo y de canalizarla contra determinadas víctimas evitando el «todos contra todos». Pero este poder desmitificador no ha penetrado en las hondas raíces de la *sacra némesis* nacionalista, afianzada sobre *druidas*, *manás*, *topos* sagrados y *númenes* de todo tipo.

Las consecuencias de la preocupación por las víctimas

El aporte singular de esa ciencia es la globalización de la *preocupación por las víctimas*. Continuamente se propone ese tema fuera de la órbita de lo religioso, en lo político, lo social. En torno a ella se define la historia con dos formas de totalitarismo que son dos tomas diferentes de posición política en relación con el cristianismo.

1. Una de tipo nazi, que debe ser pensado por mediación de Nietzsche, mal que les pese a sus adoradores. Este creía que el cristianismo, especie de humanitarismo sensiblero, era la mentira peligrosa de un universo sin víctimas, sin advertir que el verdadero problema del hombre está engarzado en este punto, el de las víctimas, y los nazis se lo tomaron en serio. Quisieron mostrar que se pueden hacer víctimas continuamente y que éstas podían dejar de tener el significado social que les había otorgado el cristianismo, que el sueño judeo-cristiano podía ser enterrado bajo montañas de cadáveres. Algunos de sus coletazos se expresan, *por la derecha*, en las ideas de pensamiento único, final de la historia o Nuevo Orden Mundial, fundadas en la experiencia de la guerra del Golfo o la de Yugoslavia, el control fanático del fanatismo de otros. Y también, en el *totalitarismo nacionalista vasco o serbio* excluyente, que apoya la tesis de los cadáveres como fuerza de convicción, que no difiere en nada del totalitarismo del nacionalsocialismo alemán.²

Este nacionalismo *sotereológico*, es un pseudo nihilismo, una herencia de la reacción de Nietzsche contra la preocupación cristiana por las víctimas. Como Nietzsche está ciego al mimetismo contagioso que le motiva frente al cristianismo no ve que la posición evangélica es la resistencia de una pequeña minoría que osa oponerse al gregarismo monstruoso del lin-

chamamiento dionisiaco, de la lapidación pagana. Persiste en la negación desesperada de la verdad judeo-cristiana recurriendo al artificio grosero de defender la violencia mitológica, justificando el *sacrificio humano*, y sugiere que las sociedades deben desembarazarse de los desechos humanos que las entorpecen:

«El individuo ha sido tomado tan en serio por el cristianismo, tan pensado como un absoluto que no se le podía sacrificar; pero la especie no sobrevive más que gracias a los sacrificios humanos... La verdadera filantropía exige el bien de la especie —es dura, obliga a dominarse a sí mismo porque tiene necesidad del sacrificio humano. Y esta pseudo humanidad que se llama cristianismo quiere, precisamente, imponer que *nadie sea sacrificado*» (*La Genealogía de la moral*, Nietzsche, F., in René Girard, «Dionisus versus the crucified», Rvt. Religión y Cultura, Madrid, 1999 Enero-Marzo. Vol. XLV. P. 17).

Esta «necesidad» higiénica del sacrificio entraña la posibilidad de pensar en una eugenesia legitimada por cualquier idea filantrópica: como el RH, «nuestra singular raza», nuestra patria, etc... Él sugiere una profilaxis que encaja perfectamente con aquello que sus lectores se ocultan a sí mismos recurriendo a mil y un subterfugios, y que su correlato moderno pone de manifiesto en los argumentos racistas y nacionalistas de todo tipo.

2. La segunda es mucho más actual y más viva, porque viene *por la izquierda*: consiste en hacer de la víctima un mecanismo de presión. También Nietzsche es el primero en ver el abuso del principio victimario como una especie de sobrepuja emuladora en relación con el cristianismo. Defender a la víctima se convierte en una nueva forma de persecución. Los hombres tienen infinidad de recursos para malinterpretar lo que la Revelación pone a su disposición. Así hoy no se puede ejercer la violencia más que por la intermediación de un discurso en defensa de las víctimas, por la vigencia de un cripto-marxismo basado en un sofisma sutil: el cristianismo no fue suficientemente lejos en la defensa de las víctimas... hay que ir más allá. La justificación del sacrificio y la distinción entre víctimas legítimas e ilegítimas sigue siendo actual, (está fresca en las declaraciones de Arzallus) en la medida en que todos creemos ingenuamente a Marx cuando dice que «la violencia es la partera de una sociedad sin violencia».

Este totalitarismo reaparece bajo múltiples formas... una de ellas: el terrorismo, un auténtico *lobby* victimario que ejerce la violencia en nombre de las víctimas buscando ese *bosque paradisíaco originario* (Juaristi), y en el caso de EH ese *paraíso comunista* abertzale. Sus correlatos están claros en el fundamentalismo o en fórmulas *suaves* como lo Politically Correct, Affirmative Action, que pronto dejarán de ser anécdotas del mundo universitario para pasar a ser una nueva cultura vindicativa, implacable, y planetaria.

¿Pero quiénes son las víctimas?

...nos pregunta Reyes Mate en *El País* del 18-1-01. Para poder distinguirlas de las que son verdugos disfrazados de víctimas hay que *atender a su mirada*, a cómo ellas miran el mundo. Algo que ya sabemos desde antiguo, pero que Adorno, Primo Lévi, Metz, nos recalcan. Hay que «blanquear» la «zona gris» que tiñe el nacionalismo, antes que tener que soportar preguntas como la que se hacía Himmler que, al parecer, estaba fascinado por la dócil mansedumbre de las víctimas: «¿hasta qué límite asume la naturaleza humana el sacrificio humano dócilmente, sin rebelarse?».³

Dumont, Dupuy, Girard y muchos otros, coinciden en el análisis de los totalitarismos que amenazan a las sociedades democráticas: la *violencia anómica*, «*esencial*», (Durkheim) está en el ambiente. La rivalidad de todos contra todos, derivada del deseo mimético, constitutivo del ser humano, nos convierte en antagonistas, sea por los objetos, el territorio, o por algo metafísico: poder, prestigio, vanidad, orgullo, nación, el ser, el amor, el saber, o la lengua materna, etc. Los hombres son modelo de deseo los unos para los otros, pero esta «admiración-imitación» es una fuente perenne de envidias, de emulaciones competitivas, de conflictos, de rivalidades, ya que no logran ser contenidos por la Ley. En un régimen de autogobierno del nivel del vasco, que como dice Nicole Fontaine es el más amplio del mundo, qué otra cosa puede motivar la lucha violenta nacionalista, sino una cuestión metafísica, de orgullo individual disfrazado de complejo colectivo: «nosotros somos uno, ellos son todos», que diría el hombre del subsuelo dostoiévskiano. Pero el problema es que las víctimas ya no logran inducir la paz con su sangre, como cuando disolvían la simetría polarizando las miradas de todos sobre ellas. Hoy la catarsis es imposible.

Tampoco se ha puesto en marcha la venganza sangrienta, nadie ha salido defendiendo un nuevo GAL o una «retaliation» al estilo de Sharon, porque las víctimas no merecen venganza o porque estamos precavidos de a dónde conduce la respuesta simétrico-mimética de golpe por golpe. La «violencia legítima», solución policial, es un pálido reflejo de ese apunte de guerra civil que, por otra parte, los que ahora golpean aplaudirían para ver justificadas sus teorías acerca de las vejaciones del nacionalismo español. Por eso podemos decir que no hay, de momento, más que chivos expiatorios, víctimas, que no logran traer la paz, porque no hay *acuerdo unánime* en quiénes han de ser y si las que hay son las adecuadas. La violencia se perpetua a sí misma en una escalada exponencial que busca el paroxismo, que, presumimos, todavía no ha llegado. Las víctimas son y serán todos.

El sacrificio como fórmula: la multitud se miente a sí misma.

Se hace imposible la convivencia en tanto que los hombres no puedan reconciliarse o pactar. El sacrificio de un chivo expiatorio es necesario (individual o comunitario) para la refundación del orden social. Es la unión sagrada de *todos contra uno* lo que conduce y permite a la colectividad volver a la unanimidad. Los mitos son el discurso de la comunidad que rodean a la víctima sacrificada y fundan la cultura en torno a su sangre. La cooperación (ley, normas, tabúes) entre los hombres viene impulsada por la comunión creada por la participación en el sacrificio, en el rito que se repite periódicamente para lograr esa eficacia pacificadora de la comunidad. La víctima congrega, sirve para ser acusada de las desavenencias, se la inmola, y después trae una breve paz. Si todos participan de su muerte, nadie está exento de culpa para poder acusar a nadie y, por tanto, todos son inocentes.

Ya Kierkegaard lo había advertido a propósito de la Pasión evangélica: la «multitud es la mentira». Algo, por otra parte, muy significativo en la actualidad, en la que toda decisión viene sugerida y tomada por la opinión de la mayoría, de las encuestas, o de los sondeos electorales, mayoría ficticia pero mediáticamente pura.

La regulación sacrificial antigua del chivo expiatorio se ejerce, pero desde la *mala conciencia*. El sacrificio es cada vez menos eficaz y conduce a veces a una especie de desbocamiento colectivo persecutorio inculcable en sus consecuencias: persecuciones sistemáticas, linchamientos, caza de brujas, manifestaciones que acaban en batallas campales, «kale borrokas» casi rituales.

Los callejones sin salida actuales de lo profano ateo son bastantes evidentes por el penduleo hacia un retorno a lo sacral violento pagano (Heidegger). El cristianismo, una vez cumplida su misión primigenia desmitificadora, se transmuta en alguna de sus versiones en una nueva forma de lo religioso sacrificial, y perdura en algunos espacios como, por ejemplo, la mezcla de nacionalismo y catolicismo vasco, o el nacional-catolicismo franquista.

El horror a los gemelos: o, ¿de qué quiere salvar el nacionalismo?

Desde el punto de vista sociológico, Europa, y detrás el planeta entero, se ve dirigida por dos tendencias. Una, que va hacia la homogeneización, capitalización de las diferencias, que conduce siempre a una mayor semejanza y uniformización, que se basa en la «industria de lo mismo», de la producción en serie, algo que se asemejaría al modelo hegeliano del espíritu, Fukuyama, por ejemplo. Otra, que opera en la histo-

ria como una fuerza contraria a la universalización que reinstaura siempre la diferencia, a menudo ligado al temor de la desaparición de toda cultura independiente.

El hombre se encuentra solo frente a la masa indiferenciada y homogeneizada que le hace buscar la seguridad del útero perdido. Las filiaciones políticas o los grupos de todo tipo son una forma menos arcaica que el nacionalismo, pero lo mismo, a la hora de buscar esa protección identitaria perdida. A la hora de la verdad, frente a la hostilidad de los otros, demasiado semejantes a pesar de las diferencias, en las sociedades modernas, sólo queda destacar las diferencias ostensibles y magnificarlas. Este movimiento hacia dentro del grupo es de carácter reactivo y, por tanto, no exento de rivalidades y conflictos:

«Si el movimiento histórico de la sociedad moderna es la disolución de las diferencias, es muy análogo a todo lo que se ha dado en denominar «crisis sacrificial». Y bajo muchos aspectos, en efecto, moderno, aparece como sinónimo de crisis cultural, que ha necesitado perpetrar un sacrificio renovador, pero sin eficacia, sin resultados. Hay que reconocer, sin embargo, que el mundo moderno consigue recuperar incesantemente unos niveles de equilibrio precarios, pero que van acompañados de unas rivalidades cada vez más intensas, aunque nunca suficientes para destruir este mismo mundo» (R. Girard, *La violencia y lo sagrado* (VS), p. 194, 1982, Anagrama, Barcelona)

Santiago Alba (*Las reglas del caos*, Anagrama, Barcelona, 1995) nos recuerda que los lastres sociales de las sociedades modernas —el racismo, las persecuciones de las minorías, el nacionalismo— son una resistencia frente a la indiferenciación, a la homogeneización, una patología de las sociedades igualitarias en las que sobrevive algún tipo de estructuración social primitiva, que buscan su diferencia en lo más fácil e inmediato de encontrar: su piel, su lengua... (ya que no en el genoma) la última diferencia que podrán rescatar. ¿Será esta diferencia cualitativa la salvación que busca el nacionalismo? ¿O será simplemente la diferencia que existe entre ser cola de león o cabeza de ratón? ¿O tan sólo es la ejecución diacrónica de una venganza reparadora de un agravio psicosocial-sincrónico?

El nacionalsocialismo fue el intento fantástico de una nación postrada y humillada (tras la Primera Guerra) por resacralizar la nación, por crear un «sagrado puro». El mecanismo expiatorio funcionó: frente al agravio real del tratado Versalles,⁴ el agravio ficticio contra los judíos fue un ensayo evacuador de la venganza.

Juaristi tiene razón cuando nos relata la ficción de la historia reciente: hacer comenzar el tema nacional a partir del agravio del franquismo y monopolizarlo, como si éste sólo se hubiera ensañado con lo vasco, y, por tanto, sólo ellos tuvieran derecho a la venganza legítima, o mejor, sólo ellos hubieran percibido la necesidad de culminar el proceso sacrificial comenzado

por el dictador, con una dictadura del mismo calibre, o del de 9mm, para restaurar el orden social alterado hace 60 años.

El tema de actualidad es que todos vivimos en el escándalo, es decir, huyendo de una forma de lo sagrado a otra, miedosos los unos del mal de los otros, enmarcados en *enfrentamientos gemelares* (izquierdas o derechas, abertzales o constitucionalistas) que exigen resoluciones sacrificiales. Hoy en día hemos avanzado algo: desde que perdimos la espuria seguridad que nos daba creer en la culpabilidad de los otros, ya no podemos señalar a malos y buenos tan fácilmente. Nadie puede escapar a estar involucrado en algún lado del mal. La violencia sacraliza las diferentes posiciones buscando neutralizar sus consecuencias malélicas.

La patología cíclica de la violencia

El pasaje del Endemoniado de Gerasa interpreta todo lo que queremos decir: encarna al deseo mimético, si no fuera porque su esencia es desencarnación, multiplicidad, legión, es decir, representa a su propio pueblo. La palabra «demonio» se aplica a formas inferiores de las «potencias de este mundo», formas degradadas que coinciden con lo psicopatológico. Estas fuerzas sólo son invocadas en los casos en los que predomina el desorden social (Mc. 5, 1-17).

El poseso mora en los sepulcros. Es el hombre más libre que existe puesto que no hay cadena que lo sujete, desprecia todas las reglas, pero está prisionero de su propia locura. Su estado es de perpetua crisis (indiferenciación mimética y persecutoria: no existe diferencia entre la vida y la muerte, la libertad y la cautividad). Es un hombre posmoderno. Además, su vida en los sepulcros no es definitiva (como una auténtica expulsión requeriría) sino que, de vez en cuando, merodea por la ciudad.

Marcos sugiere que los *gerasenos* y su endemoniado (Multitud, Legión) llevan tiempo instalados en una patología de tipo cíclico. Es más, lo presenta como un hombre de ciudad, al que el demonio lo agita por los desiertos en sus accesos de posesión. Ambos, según Lucas, reviven periódicamente la misma crisis (atar-desatar) casi siempre de la misma forma. Cuando sospechan un nuevo acceso de crisis interna de la comunidad, los *gerasenos* refuerzan las cadenas para guardarle. ¿Por qué desean guardarle? Quieren prevenir su vagabundeo por montañas y sepulcros. El mal con que les amenaza les obliga a recurrir a la violencia contra él, descargando sus tensiones y sus culpas. Curarle no pueden, porque eso sería hacer desaparecer los síntomas de su mal, un mal muy útil pues les sirve para evacuar con él sus frustraciones y sus problemas, su violencia. Y en cada ocasión «se la arregla» misteriosamente para triunfar sobre sus guardianes.

La violencia no hace más que suscitar su deseo de libertad y soledad: *nadie le podía domar*. El carácter repetitivo de estos fenómenos es de carácter ritual. Todos saben lo que ocurrirá la próxima ocasión y cómo tienen que actuar. Es difícil de creer que no consigan hacer unas cadenas adecuadas para conseguir inmovilizarle (el juego del PNV con los jóvenes *abertzales*, o los sucesivos pactos de AjuriaEnea o de Lizarra). Lo mismo que es difícil de aceptar que los hombres no puedan ponerse de acuerdo de forma pacífica para solventar sus problemas sin recurrir a la violencia contra alguien. Todos los ritos tienden a convertirse en una especie de teatro y los actores lo hacen mejor a base de repetir ensayos.

De repente Jesús les cura a su loco y los *gerasenos* se sienten consternados y le suplican que se aleje de ellos y no se mezcle en sus asuntos. La petición es tanto más paradójica cuanto que parece que ha logrado «mágicamente» lo que se supone que pretendían ellos con las cadenas: curar —sólo que definitivamente— a su enfermo.

Así es como en todas partes la presencia de Jesús revela la verdad de los deseos disimulados de los hombres para perpetuar sus acciones y justificar sus culpas.

¿Qué significa ese drama? El enfermo iba por los sepulcros golpeándose e hiriéndose con las piedras (Jean Starobinski define esta conducta como autolapidación). ¿Por qué querría lapidarse a sí mismo? (Los habitantes del pueblo perseguían a Job a pedradas, los romanos sacrificaban a sus víctimas arrojándolos desde la roca Tarpeya, y los aztecas...) Tal vez sea porque nunca haya sido objeto de una lapidación en regla y mantenga de esta manera mítica la amenaza que siente inminente. Se imita a sí mismo en el final que se augura, y lo muestra a sus perseguidores como si intentara decirles que no lo hagan de veras. Describe claramente un proceso de chivo expiatorio, de caza de brujas, o de cabeza de turco: caza o elección de la víctima, persecución, lapidación y muerte, tal vez por eso viva en los sepulcros. Existe un círculo vicioso de conductas grandilocuentes y cómplices, violentamente recíprocas y que quieren perpetuarse reprochándose, pero sin pretender el desenlace final. Un antagonismo mimético, de dobles... Hasta el punto de que Mateo no habla de uno, sino de dos posesos, perfectamente idénticos entre sí, y les hace hablar a ellos en lugar de a los demonios. ¿Querrá comunicarnos que la posesión no es un fenómeno individual, sino colectivo, un efecto del mimetismo exacerbado? Los demonios no acaban de distinguirse de sus poseídos, y uno es el modelo escándalo del otro (Mt 8, 28). Dice Mateo: eran de tal manera un obstáculo violento que nadie podía pasar por aquel camino (obstruir, *skadso*, piedra de tropiezo). Los psicólogos interiorizan el doble como un fenómeno dualista de la conciencia y lo llaman esquizofrenia. Mateo va más allá sin recurrir a etiquetas de difícil ve-

rosimilitud, lo exterioriza como una simple relación mimética entre dos individuos. Es más radical el evangelio que la propia ciencia de la psicología.

Los *dobles* tienen que estar presentes en la mimesis. Por ello, Marcos, que sólo reconocía un poseso, cuando le hace hablar introduce ese plural famoso: «Legión me llamo, porque somos muchos»... (Starobinski: legión=multiplicidad guerrera, tropa hostil, ejército ocupante...). Starobinski observa que en los Evangelios el mal siempre corre a cargo de la multitud. Y en este relato hay tres multitudes: los cerdos, los demonios, los *gerasenos*. Estos últimos le piden a Jesús meditadamente que se vaya, pero no le reprochan la desaparición de sus cerdos, sino el anegamiento de sus demonios. «Legión» le rogaba que le enviase «lejos de aquella provincia», no querían verse expulsados definitivamente. No pueden prescindir los unos de los otros, patología cíclica, como la madre que envenena (*pharmacón*) a su hijo para religarle con sus cuidados neuróticamente y sentirse útil y compadecida por sus amigos o familiares, o el partido que perpetua la crisis para justificar sus demandas de autodeterminación como solución del conflicto. Se necesitan mutuamente para mantener su frágil *status quo*. Un sacrificio periódico ritual que les mantiene estructurados, en una paz espuria, justificando sus propias violencias internas como «necesarias». Si Jesús fuera un simple curandero, no le echarían. Si le tienen miedo es porque no lo es, se dan cuenta de que se trata de algo más.

Los cerdos se precipitan desde lo alto de un despeñadero —lapidación— como en la Roca Tarpeya. Todos participan en la presión sobre el precipicio, pero ninguno se contamina físicamente. Sólo el grupo es responsable; por tanto, todos son igualmente inocentes. Este método no da lugar a la venganza, porque es toda la colectividad unánime, y el que quiera hacerlo lo tendrá que hacer contra todos. La víctima es un Chivo Expiatorio indiscutible. La violencia que se ejerce sobre él es fundadora de un nuevo orden social: bombardear a Sadam Hussein, según Bush de manera «rutinaria» es señalarle como chivo expiatorio de los males internos de nuestra sociedad, lo que ha supuesto un Nuevo Orden Mundial, *geraseno*, que luego, ritualmente, «ha sido necesario» recordar en Yugoslavia, para inaugurar un nuevo orden Europeo, usando a Milósevic, de endemoniado de quita y pon. En el tema que nos ocupa, elegir pacíficos ciudadanos, cocineros, electricistas, etc., como *posesos encadenados* a los que ir lapidando poco a poco, para seguir manteniendo las justificaciones del lobby victimario sobre el que está montado el terrorismo, o los afianzamientos de poder basados en el miedo ciclótico a la violencia y en la perversión de su necesidad.⁵

No hay nada en la posesión que no responda a un mimetismo frenético. Los demonios están hechos a la medida del grupo humano donde habitan, lo imitan exactamente, son su imagen. De la misma manera que habla uno y dice «somos legión», entre los *gerasenos* se alza una voz y dice hablar en nombre de todos. Pero hay aquí una inversión revolucionaria: son los linchadores (los que en todos los mitos sacrifican a las víctimas) los que sufren el tratamiento normalmente reservado a las víctimas: No se hacen lapidar como el poseso, pero saltan desde el despeñadero... ¿Qué es lo que hace que toda una piara se autolapide si no estaba obligada a ello, pues Jesús no lo pretendía? El espíritu gregario, es lo que convierte, precisamente, a una piara en piara, es decir la irresistible tendencia al mimetismo. Basta con que un primer puerco se tire al mar bajo el pánico estúpido para que arrastre a todos los demás, que le imitan. Un gesto digno de ser imitado tiene un gran valor estético, pero puede significar una letal espiral que arrastra a una multitud al infierno. Un gesto contrario, que inaugure una cadena de deserciones entre los dispuestos a lapidar puede evitar el desastre.

Notas

1. Difiero de aquellos que consideran que el nacional-socialismo vasco no pretende una arcadia bucólica (Félix de Azúa) asociada a este mito de «una edad de oro» perdida que expone Juaristi y también de aquellos que defienden la versión de que se trata del enfrentamiento milenarista entre vascos y españoles desde Arrigorriaga (888) a Roncesvalles (Montero), e incluso a la Constitución de 1812. Lo único que les presta unidad a la diversidad de los conflictos es la humana propensión a la violencia rival mimética. No importa la denominación, el nombre del territorio en conflicto o de los rivales, se trata de una violencia indiferenciada, humana, y hasta ritual, en eterno retorno al regusto romántico por «el primitivismo y el culto a la violencia» (Caro Baroja).
2. Cf. la tesis maravillosamente defendida por José Varela en «Del Nacional-socialismo Alemán y del vasco», *Claves*, núm. 110, marzo 2001.
3. *Apud*, José Varela, p. 17.
4. Mikel Azurmendi, *La herida patriótica. La cultura del nacionalismo vasco*, Madrid, 1998.
5. «A veces, pareciera que no quieren tanto la independencia (remitiéndonos al tema vasco) —y aún menos asumir sus consecuencias— como gestionar la independencia como fuente de *conflicto permanente* y “gantzua” de concesiones». José Varela, p. 19. (La cursiva es mía).